



CARMEN

**Novela por Juan Hormigo Bautista
Inspirada en Carmen la cigarrera de
 Próspero Merimee**

DEDICATORIA

**A la memoria de mi abuelo
Frasco, militar en Ronda**

Prefacio



Un día de los que yo iba con mi abuelo a la viña que poseía en la fértil tierra de Barros, al salir del pueblo, uno de los muchos viticultores que llevaban la misma dirección, contó un cuento aseverando que fue verídico, y que ocurrió en un pueblo cercano al que nací.

La historia se asemeja mucho a la novela de Prospero Merime, que tantas versiones se han hecho de ella. Yo he cambiado algunos nombres y lugares para que no se confunda con la que escribió el celebre escritor francés. Empieza así.

=====

Allá por el año de nuestro Señor Jesucristo, como decían siempre aquellos rudos pero a la vez tiernos hombres, o sea corría el año 1895, y en este pueblo, no de mucha importancia construyo el Estado un Cuartel de caballería, para que los caballos aprovecharan los ricos pastos y hierbas de su termino municipal. La guarnición era pequeña, se puede decir sin temor a equivocarnos que mas bien era un destacamento, que la mandaba un teniente, y bajo sus ordenes estaba , un cabo y 18 húsares.

La vida transcurría monótona, sin grandes acontecimientos como suele ocurrir en pequeñas poblaciones. Los soldados se entretenían cuando el servicio se lo permitía en jugar a los naipes, leer (el que sabia) alguna novela, y cuando el teniente le concedía licencia para pasear o salir fuera del cuartel, asistir a la taberna de La Andaluza, que era la mejor del pueblo y estaba ubicada en pleno centro. El cabo era sevillano o cordobés su nombre era don José López, muy común en toda España y sobretodo en Andalucía.

Frente al cuartel una fabrica de uniformes militares, que suministraba a los soldados de media España y otras prendas masculinas, donde aprendían y trabajaban mas de cien muchachas, solteras y algunas casadas, que se llevaban a sus hijos (las que lo tenían) y cuando la criatura pedía teta , ellas se sacaban el pecho y amamantaban a sus retoños. Era en verano, y el calor era sofocante. Por eso trabajaban semidesnuda, al menos de cintura para arriba. Y entre todas aquellas mujeres que las había de todas las edades y condición, menos vírgenes, creo yo, trabajaba Carmen, que era gitana.

La tal Carmen era morena, como casi todas las de su raza. De ojos negros como el carbón, y grandes, labios sensuales siempre pintados de rojo carmín, pelo como las alas de una golondrina, que le descansaba en los hombros torneados, su nariz era algo chatilla, sus senos exuberantes, y en la sien izquierda prendía un hermoso clavel rojo. Carmen era fogosa, era simpática y se hacia querer. Pero algunas por envidia en su forma de ser atractiva, fogosa y bravía le tenían envidia, Una de ellas era la Trini, La Trini no la tragaba, siempre le estaba tirando indirectas, y aunque muchas eran ciertas, mas le hubiese valido que mantuviera la boca cerrada.

En el pueblo existía una taberna, que era una especie de sala de fiesta. Allí se cantaba y se bebía y se realizaban actos y hechos unas veces lícitos pero muchos de ellos fuera de la ley y bandos dictados por la autoridad competente. . En casa de la Andaluza, que por este nombre era conocida la taberna, asistía lo mas selecto del pueblo. Es decir lo mas repudiado y también envidiado por algunos y algunas que querían asistir, pero por miedo o vergüenza se abstenían de hacerlo. Y por tal motivo hablaban peste de la Andaluza y su sala de jolgorio. Y como no... Allí asistía Carmen, muchas noches después de finalizar el trabajo de costura.

Carmen como buena gitana, cantaba muy bien y hasta tocaba la guitarra. Los asistentes la aplaudían y le decían piropos mas o menos subido de tono, que ella unas veces agradecía con una sonrisa y otras reprochaba con un desdén.

Entre toda aquella parroquia no podían faltar los chulillos del pueblo, y la gente que se las daban de importante.

Entre esta gente se encontraba El Niño del Callejón, que era torero local. Apodado así por haberlo encontrado un buen hombre en un callejón, envuelto en pañales, y como nunca apareció su madre, el matrimonio lo crió como hijo legítimo, pero el muchacho no era muy dado al estudio y menos al trabajo, y se empeñó en ser torero. Consiguiendo ser de segunda o tercera clase, después de llevar algunas palizas de los mayores y algún coscorrón de los civiles, durmiendo en los calabozos de los pueblos, y comiendo gracias a la caridad de los vecinos y de las autoridades. El muchacho hay que decir la verdad, era valiente, guapo y arrogante, tenia labia y estaba pirado por Carmen. Esta le daba juego pero no lo consentía plenamente. Carmen era amiga de El Canutillo, que era el capitán de una partida de bandoleros, que actuaba por las sierras del entorno de aquel pueblo, el que asaltaba a caminantes cortijeros y diligencias, teniendo en jaque no solo a la Guardia Civil de la provincia, sino también a los húsares del cuartel donde don José comandaba la fuerza. Ya que también le encargaron al destacamento que diese algunas batidas por la sierra del lugar, para apresar al Canutillo y su banda. Pero el bandolero se había ganado la fama de ser generoso, por algunos hechos que hizo para granjearse la confianza y amistad de un sector del pueblo. Era del tipo según decían de Diego Corrientes, que robaba los ricos y socorría a los pobres, pero si lo traicionaban eran victimas de la Carpanta, como el decía y por tal motivo a la Guardia Civil la traía a parir sin lograr apresar al celebre Canutillo. Ni que decir tiene que también estaba enamorado de Carmen, y Carmen le correspondía con algún beso o caricia, a la vez que se prestaba para encubrir al forajido, y ocultarlo en su casa, donde vivía con su madre ya vieja. en una casa en el barrio mas puntero de la ciudad, La Andaluza tampoco denunciaba al bandolero, pues también estaba medio enamorada de el. La Andaluza era viuda joven, y según las lenguas viperinas en sus mocedad había ejercido en Sevilla el oficio mas viejo del mundo. Y de esta manera, Carmen el torero y el bandoleros, formaban un trío que daba que hablar y murmurar en otras tabernas, barberías y corrillos de calles y plazas.

En vano se presentaba la pareja de civiles en casa de la Andaluza, ya que tenia espías por todas las esquinas, y se valían de cualquier artimaña o señas para advertir la proximidad de los hombres del tricornio, que cuando llegaban a la taberna, no encontraban mas que a pacíficos y juerguistas parroquianos,

al torero bailando y a Carmen cantando. Del Canutillo y sus hombres ni rastro. O estaban escondidos en lugar seguro, o se habían internado en la sierra. La Guardia Civil volvía a su cuartel, con el conformismo que algún día la banda de ladrones, caería y serían juzgados conforme a lo que establecía el Código Penal de aquellos años, que con arreglo a las fechorías lo mas probable es que fueran ajusticiados a garrote vil.

Carmen conocía todas las andanzas del Canutillo, y hasta había dormido con él en una cueva donde se refugiaban para eludir a la justicia. Cueva que hasta la presente no la descubrieron ni los húsares ni los civiles. El Canutillo se encontraba muy seguro, pues como queda dicho, muchos vecinos y cortijeros lo encubrían, bien por admiración o por miedo.

Ni que decir tiene que el Niño del Callejón, se osaría en descubrir al bandolero, Eran rivales por los favores de Carmen, pero no le convenían estar a mal. Al Canutillo, por que no lo fuera a delatar en casa de la Andaluza, y El torero temía que Carmen se fuera a la sierra con la partida y la perdiera para siempre. La Andaluza era sabedora de toda esta gariguay.

Y Carmen sabía hacer el juego a todos. El torero le daba prestigio, brindándole cuantos toros mataba en la plaza del pueblo. No eran muchas pero si tres o cuatro corridas al año. Amen de algunas joyas y vestidos. El bandolero no le iba a la zaga, y también la favorecía con lo que a ella se le antojaba, que no era poco.

Trabajaba Carmen de costurera, cortando y pegando botones para lucir ciertos lujos que aunque estaban al descubierto, siempre podía tener la coartada de que se lo ganaba trabajando como una obrera mas del pueblo.

Para desgracia de él, el cabo don José se enamoró de aquella mujer morena, graciosa y simpática, que un día cuando salía del trabajo, se acercó al cuerpo guardia, y sin recato ni miramiento, se desprendió del clavel que lucía en su negro pelo y se lo arrojó al soldado con una sonrisa picaresca. Don José, lo recogió del suelo donde había caído, se lo llevó a los labios y se lo guardó en el bolsillo del dolmán. Desde entonces el cabo, vio en la gitana a la mujer de sus sueños. Era tanto el amor que sentía por la gitana que hasta abandonó a Micaela, su novia desde niño.

Don José, se enamoró tan perdidamente de Carmen, que abandonó a Micaela, su novia desde niño. Micaela era huérfana de padre y madre, y fue recogida por la madre de don José. Crecieron juntos, y cuando tuvieron algo de razón, se enamoraron uno del otro, con un amor claro y transparente. La madre de don José los miraba con ternura y se sentía muy dichosa en que su hijo se casara con Micaela.

Un día llegaron al destacamento, hicieron el viaje desde Sevilla, tardando casi un día en tren. Llegaron cansadas y sucias del viaje, pero con la alegría de abrazar a su hijo y novio.

El teniente le dijo que no podía ser ya que don José había cometido una falta muy grave, y estaba en el calabozo, como prisionero. Ya no era cabo, había sido degradado, y permanecería en prisión hasta su resolución definitiva de las autoridades militares.

Ni que decir tiene que Micaela y su protectora madre de su novio se abrazaron dando rienda suelta a sus lágrimas.

Don José se enroló en el ejercito para hacer carrera, y ahora le encontraban que sería expulsado del ejercito después de cumplir su condena.

Madre y novia, quisieron saber que falta tan grande había cometido. El teniente se resistía a informarlas, pues se imaginaba que aquellas dos

mujeres sufrirían, lo que no merecían. A la insistencia de Micaela el oficial les dijo.

_ Es muy largo de contar, solo les diré que todo ha sido por culpa e una mujer gitana

=====

Los húsares, cuando las obreras de la fabrica, llegaban por la mañana para empezar su trabajo. todos se asomaban a las ventanas del cuartel y le lanzaban piropos. Ellas se reían y le sacaban la lengua. Algunas mas atrevidas se llevaba la mano a su sitio mas intimo y le decía.

_ Para ti no. Este ya tiene dueño

Y aquellos hombres jóvenes casi niños, se revolucionaban y hasta le pedían un beso. Que muchas le lanzaban con la mano.

Pero Carmen a quien miraba era a Don José, y arrancándose el clavel que siempre llevaba en la mata de pelo se lo arrojaba con descaro. Don José lo recogía, y después de olerlo se lo guardaba como recuerdo.

i Pobre Micaela! Con lo enamorada que estaba de su José, otra se lo iba a arrebatat con zalamerías y poca vergüenza.

=====

Aquel día Don José se hallaba en la puerta del cuartel. Entraron todas las mujeres a confeccionar uniformes, y Carmen se le quedó mirando un rato. Todas estaban dentro cuando ella penetró en el establecimiento. Muchas ya se hallaban cosiendo o pegando botones. La encargada le reprendió por su descaro, pero no paso de eso. Lo gordo vino después.

La Trini que nunca se llevó bien con ella, empezó a tirarle de la lengua.

_ Vaya con la moza, que descaro como se come al cabo con los ojos,

_ Y la boca.apostilló otra que era amiga de Trini

Una carcajada, casi general se produjo a las palabras de las dos amigas.

_ Mira gitana—volvió la Trina increpar a Carmen. Cose bien los botones al uniforme y enrédale un pelo de donde tu sabes en los botones que ese va a ser para don José.

Entonces la sangre gitana hirvió en las venas de Carmen, . Las costureras la enfurecieron, y todo por culpa de la Trini, esa paya mal nacida, que tanto la odiaba, porque los hombres la cortejaban, mientras a ella que era un adefesio ni siquiera volvían la vista atrás cuando se cruzaba con alguno-

Carmen se puso en pie y amenazándole con las tijeras le espetó.

_ Como me vuelvas a decir gitana, te las clavo hasta la cruz, - y le mostraba las tijeras muy grandes que portaba en las manos.

_ En cuanto a los pelos. Yo haré lo que quiera, los tengo, hasta pueden servir para pegar los botones si necesidad de hilo, no como tu que ni eso tienes.

_ Yo, yo -decía la Trini enfurecida_ Lo que tengo es mas vergüenza que tu gitana.

Mas le hubiese valido a la Trini callar y seguir con su labor de costura. La gitana se fue hacia ella, y desafiante le dijo.

_ i Anda bonita vuelve otra vez a insultarme!

Y la Trini ingenua o con mala sangre le dijo.

_ Gitana y de las malas, amiga de toreros y bandidos y ahora también de soldados. ¿ No tienes suficiente?

Carmen la agarro por el moño, y la levantó de la silla donde estaba sentada. La tiró al suelo y como una fiera herida, le clavaba las uñas en la cara.

Trini gritaba. Las amigas increpaban a Carmen, pero ninguna se atrevía a separarlas. Todo el obrador estaba pendiente de la gresca. Trini aullaba como leona herida. Carmen mas fuerte, la tenia debajo de ella y con las tijeras, que portaba el bolsillo de la falda, sacándola la abrió y le dio un tajo en la cara a su rival.

Brotó la sangre roja como el clavel de la gitana, del rostro de la Trini. Aterrorizada las demás se echaban para atrás temiendo que la cólera de Carmen pudiera alcanzar a otras.

Herida , sangrando y llorando quedó Trini en el suelo. Cuando llegaron los soldados. Don José la levantó del suelo, y los otros por orden suya detuvieron a la Gitana.

A Trini le hicieron una cura de emergencia, luego unos húsares la llevaron a la casa de socorro. Carmen fue encerrada en el calabozo por orden del teniente, hasta que se resolviera el caso, luego la llevarían ante el juez de instrucción, quien dictaría la sentencia que la condenaría conforme a las leyes de aquellos tiempos.

Don José estaba perplejo, preocupado y triste. A su amante, le caerían muchos años de cárcel, había cometido intento de homicidio, y eso se pagaba caro. Puede que hasta con cadena perpetua.

Carmen en el calabozo, llamaba al centinela para que le llevara agua. Estaba sofocada, la boca seca y las manos manchadas de sangre.

El húsar que la custodiaba, era joven casi imberbe pero decidido. Le dijo que el no podía abandonar su puesto para llevarle agua a una mujer indeseable. Don José que no estaba muy lejos de allí lo oyó e increpó al húsar, diciéndole que no era de caballero insultar a una mujer. Que toda mujer se merecía el respeto y la consideración de un hombre y mucho mas de un caballero húsar. Por tal motivo seria relevado de su puesto y arrestado en la prevención.

Don José había perdido el sentido por la gitana, y para ponérselo mejor, o peor para el, el teniente le ordenó que condujera a la presunta homicida al juzgado, donde el señor Juez le tomaría declaración a los dos.

El pobre cabo, quiso negarse. ¿Como iba a llevar a su enamorada a la cárcel, porque llevarla al juzgado ante el juez con el atestado que redacto el teniente,? Seguro era que luego después el magistrado ordenaría prisión en la cárcel y el no podía negarse ante la autoridad judicial a su mandato. A conducirla a la prisión.

El novio de Micaela, quiso eludirse, y con razonamientos poco convencionales le suplicaba al oficial que el no podía hacer eso. Ya que Carmen, y el eran amigos.

Pero el teniente como todo militar, se atusó las guías del bigote y le dijo muy serio, que las ordenes que un superior daba a un subordinado era para cumplirla y no para cuestionarla. Así que don José no tuvo otra alternativa que

hacerse cargo de la conducción de su amada Carmen. El teniente le comunicó que con el fuese un húsar, que el mismo podía elegir. Pero lo rechazó porque según decía se bastaba y le sobraba para llevar esposada a una pobre mujer indefensa.

Se llegó al calabozo y le colocó en las muñecas los grilletes a Carmen, y guiñándole el ojo le dio a entender que aquello solo era protocolo, que cuando estuvieran en la calle se las quitaba, y así nadie sospecharía que la llevaba a la cárcel.

El Juzgado de Instrucción se hallaba en un caserón lejos del cuartel, había que atravesar varias calles estrechas. Era por la mañana temprano, algunas mujeres iban al mercado, otras al lavadero con sus paneras en la cabeza o la cadera, . Miraban a Carmen y a don José con desdén. Algunas sospechaban que no llevaban buen camino, y como sabemos no se equivocaban,

Un rebaño de ovejas cruzaba por una de las calles. Carmen le susurró al oído a don José.

_ Anda, mi arma, no seas malo déjame escapar. Y si no vente conmigo. Yo conozco al Canutillo, y tu pues ser su lugarteniente, porque too lo que yo le diga el me lo consede. Estaremos siempre juntos en la cueva, y disfrazados bajaremos, a la taberna de la Andalusá, ella nos ocultará, porque para eso tiene gracia y valor. Lo ha mamao.

El pobre don José estaba confuso, sabia que si dejaba escapar a aquella mujer, seria juzgado en consejo de guerra, sabia que nunca mas la volvería a ver si la entregaba cumpliendo con su obligación. Ella caminaba a su lado, El llevaba su carabina colgada del hombro sin cargar. Era muy fácil que la gitana se fugara, al volver una esquina, un carro que pasaba cargado de paja, un rebaño de ovejas o cabras, se interponían entre los dos y ella aprovecharía la ocasión para escapar. Carmen era ágil, y valiente, podría hacerlo en cualquier momento. El fue un imprudente, no debió nunca de quitarle los grilletes de las muñecas, sabia que si se escapaba le condenarían por negligencia, pero lo que mas le dolía era que nunca mas vería a su Carmen, su hembra bravía y ardiente, la morenaza obrera de la fabrica de uniformes que tan hondo le había calado el alma.

Era verdad que si hubiese querido Carmen escapar ocasiones no le faltaron, pero ella a pesar de sus devaneos con Canutillo y el Niño del Callejón, estaba mas prendada ya del cabo de húsares., porque don José era guapo, apuesto y con mas educación que el torero y el bandido, porque también a las mujeres de su raza, le encantaba los buenos modales y la finura con que el húsar solía tratar a las mujeres.

Ella insistía. Ya quedaba poco camino para llegar a la audiencia. Don José hecho un mar de confusiones no sabia que hacer. La gitana era zalamera, sabia entrarle por todos las partes sensibles. El se alistó al ejercito para hacer carrera, para casarse con la novia de toda su vida con Micaela, pero esta no era como Carmen, era mas recatada, mas fría mientras que la gitana era templada, alegre y a la vez siniestra.

_ Vas a permitir que a tu Carmen la metan en prisiones para toa su vida. Anda don José déjame escapar, o mejor mucho mejor vente conmigo, tu deja el uniforme, y vístete de bandolero, será mas libre, nadie te ordenará, y allá en los picos de la sierra seremos muy felices.

Lo que no consigue un rey lo consigue una mujer, y don José le dijo.

_ Bueno, anda vete escápate, a mi me meterán en el calabozo, perderé mis galones, y tu te iras con el Canutillo o el Niño del Callejón.

_ No- replicaba Carmen. Tu te vienes conmigo. Nos vamos a la sierra, nos espera el Canutillo, yo he hablado con el antes de la pelea, sabe que estoy enamorada de ti, y le he dicho que si te ocurre algún percance, tiene que aceptarte no como un miembro mas de la partida si no como su lugarteniente.

Don José no pudo oponerse a los deseos de la gitana. Aquella mujer le había absorbido los sesos, se olvidó de Micaela, de su madre y de su honor militar, y complaciendo a Carmen, se dejó arrastrar por ella hasta la taberna de la Andaluza, y allí estaba El Canutillo, con algunos miembros de la partida, armados con trabucos y navajas, con la manta terciada al hombro tres caballos en la cuadra. La Andaluza le proporcionó ropa de bandolero, faja negra, sombrero de fieltro y chaleco de pana. Tiró el uniforme en un rincón y como llevaba el fusil, no tuvieron que darle otro arma.

Una hora después Don José ya no era cabo de húsares, sino un vulgar malhechor al que sus compañeros y la Guardia Civil, perseguirían por las breñas y picachos de los montes que circundaban la población.

Alguien los vio y fue con el soplo al teniente, este moviendo la cabeza dijo.

_ Desgraciado, te has perdido por una mala mujer. Podías haber sido un buen oficial, ahora te veras hecho un forajido, donde la Guardia Civil y tus propios compañeros algún te mataran.

La noticia no tardó en saberse en todo el cuartel, muchos compañeros no se lo creían. Otros decían que eso se esperaba. Los claveles, las sonrisas de la gitana, y su arte para perder a los hombres dieron sus frutos.

Micaela y su madre, fueron otra vez a visitarlos al cuartel. El teniente les dijo.

_ Lo siento señora, y también por ti muchacha, pero no esperéis mas a D, José, ha caído en las redes de una harpía, y se ha marchado con ella uniéndose a la partida de El Canutillo, y aunque sea duro decirlo, tarde o temprano será capturado si no es muerto por las balas de la guardia civil, o de sus propios compañeros.

Micaela cayó desmayada, y otro tanto le ocurrió a la madre del nuevo bandolero

=====

Don José tuvo que era valiente, que no se arrugaba tan fácil, y para eso el Canutillo lo puso a prueba. Tenia que luchar a navaja con el Zapatonos, uno de la cuadrilla bragao, sin con ciencia y sanguinario. Al Zapatonos no le importaba segar la vida de cualquier inocente, e incluso a mujeres y niños, gozaba con ello. El Canutillo aunque un desalmado no era tan cruel como el aludido. Don José no estaba acostumbrado a la navaja, lo suyo era el sable, aunque jamás le quitó la vida a nadie.

A espada lo hubiese vencido al primer asalto, pero a navaja era mas diestro Zapatonos que el, A Don José le dieron una faca igual de larga que la del Zapatonos y una manta. Al borde de un barranco se inició el duelo. El Zapatonos tiraba tajos terribles que el destituido cabo sabia parar con la manta. Don José era torpe como es de suponer en el manejo de dicha arma, arma de matones y desalmados,. Zapatonos se desesperaba porque no acertaba a dejarlo fuera de combate. Don José observó como el Zapatonos se iba desinflando, se le notaba cansado, No era tan fuerte como presumía, era eso, un sin conciencia nada mas. Entonces Don José en un momento de debilidad de su contrario le asentó un tajo en el rostro. Zapatonos lanzó un alarido seguido de una maldición.

_ ¡ Mátalo, mátalo!- gruñían los de la partida todos, pues el Zapatonos no era muy bien visto por ningunos , Pudo matarlo sin mas Don José pues herido el

bandolero se desinflaba por minutos, se llevo la mano al rostro y al ver como la sangre fluía casi se desmaya, a pesar de que la herida no era muy profunda.

Don José dijo que no. Que estaba desarmado, pues la navaja se le cayo al suelo, y alegó que su caballerosidad y conciencia no le dictaba matar a un vencido.

_ El lo hubiese hecho. Dijo El Canutillo sorprendido.

_ Pues yo no, y le perdono la vida.

_ Algún día te arrepentirás, apostilló otro de los bandidos.

Así fue colmo Don José se hizo bandolero lugarteniente del Canutillo, mas por su valor y coraje que por la recomendación de Carmen, aunque hay que agradecerle que ella rogó y peleó con El Canutillo para que su amante, fuera el segundo de la partida. Y lo consiguió. Ya era el subjefe de aquel grupo de malhechores, por medio de una mujer, y su debilidad por las mujeres hermosas.

Carmen dejó de trabajar en la fabrica de uniformes militares y como le prometió a Don José se fue con ellos a la sierra. El Niño del Callejón no la echaba de menos ya que la gitana bajaba a la taberna de La Andaluza y en el tablao bailaba y cantaba.

Asistían los húsares franco de servicio, que la aplaudían cuanto cantaba alguna de aquellas canciones.

Mi novio es un bandolero
Que cuando va caminando
Tie mucho arte y salero.

No le teme a los civiles
Ni a los húsares flamencos
Porque lleva en su faja
Una faca, y un trabuco
Con la bocacha muy ancha...

El teniente conocía sus andanzas, pero no quería detenerla, para que fuera cebo que la llevara a la sierra con el fin de detener a los bandoleros. Pero Carmen era astuta y lo eludía con evasivas y promesas de que algún día se lo entregaría. No caía el oficial en esta trampa, pero le daba cuerda para seguir el rastro.

Don José a veces se disfrazaba de gitano, con patillas postizas y el pelo pintado de otro color y bajaba a la taberna. Cuando el peligro acechaba la Andaluza lo ocultaba hasta debajo de su cama, claro con sus cuentas y razones. Luego se marchaba a la sierra en un caballo que guardaba en la cuadra de la taberna.

El Canutillo y el se entendían muy bien con Carmen, y esta le informaba de lo que acontecía en el pueblo. Se escurría en todos los estamentos públicos, y privados. Así conocía si la diligencia correo, llevaba dinero o algún ricacho local que lo llevara en la cartera. Los bandoleros conocían muy bien los caminos, y se apostaban en los lugares mas idóneos para el asalto. Y atemorizando a los viajeros se hacían del botín, que transportaba la diligencia. No eran sanguinarios exceptuando al Zapatones, pero este ya estaba fuera de combate como sabemos. Una vez asaltada la diligencia o algún solitario viajero con dinero, los dejaban marchar en paz, sin el tesoro, advirtiéndoles que si daban cuenta a la Guardia Civil o a los húsares, eran hombres muertos. Con las mujeres se mostraban galantes aunque este no les impedían robarles el oro y joyas de valor, a pesar de las suplicas y llantos de ella.

Don José se sentía incomodo con estos procedimientos, pero nada podía hacer, era uno mas de la partida. No uno mas sino el lugarteniente- En un asalto a la diligencia correo, una mujer joven , llevaba al cuello una medalla con el retrato de su marido. Era viuda, según dijo a Don José que el marido había sido militar, murió en la guerra contra los carlistas en El Maestrazgo. La cadena donde pendía la medalla era de oro, y valía bastante dinero. La viuda que no rebasaba los treinta y cinco años, empezó a llorar suplicando que la cadena se la llevasen, pero que la medalla era el único recuerdo entrañable que tenia de su marido. Don José, miró el medallón era efectivamente un soldado con graduación.

_ No tema señora- le decía el exhusar a la vez que le tendía su pañuelo, para que se limpiara las lágrimas- Le dejo la medalla y la cadena. Yo también he sido soldado, y no me dicta mi conciencia arrebatarme a una mujer tan guapa su tesoro mas preciado. A sus pies señora.

No le gustó mucho la actitud de Don José a los de la partida, pero era el segundo de aquellos forajidos, y el Canutillo no quiso quitarle autoridad al que tan valientemente desempeñaba su cometido.

El Canutillo, a decir verdad no era sanguinario ya lo hemos dicho, pero en tocante a la compasión de los asaltados no mostraba ninguna. Es verdad que a veces se mostraba generoso con aquellos que lo encubrían, y le facilitaban la huida a la partida, bien equivocando a los húsares y guardia civil, o bien negando haberlos visto por el camino que marchaban. Y otras veces equivocando a las fuerzas del orden por otros caminos que no eran por donde iban los bandidos.

En la Taberna de la Andaluza, acordaban los bandoleros, el robo o asalto a perpetrar. Allí en aquel local, iban mucha gente. Últimamente disponía de mucho dinero, que se lo facilitaba la partida del Canutillo. Y la Andaluza contratava a gente de la farándula, del cante jondo, Los mejores cantaores y cantaores de la época se subían al tablado de la Andaluza, también Carmen hacia su papel con su traje de gitana y el clavel en el pelo. No solo asistían gente del pueblo, también los ricos de la comarca se desplazaban en sus carricoches y caballos a oír cantar a las divas de aquellos tiempos - Cuando el vino hacia sus efectos y los vapores alcohólicos subían a la cabeza, se hablaba de todo, y la Andaluza aguzaba los oídos enterándose, de aquel que llevaba escolta, el otro que regresaba por tal o cual camino. Le veía la cartera y si estaba abultada, se lo comunicaba al Canutillo, que siempre estaba a la sombra pero viendo todo lo que se cocía en la sala. Este informado, reunía a los hombres de la partida y asaltaban al ingenuo que no esperaba que a aquellas horas y en aquel punto apareciera la partida. Y así robaban hasta que los aficionados escamados dejaron de asistir a la taberna, y la Andaluza dejó de contratar a buenas figuras.

Entonces la partida se retiraba, y dejaba los asaltos. Los correos circulaban con escoltas, unas veces de húsares y otras de civiles, por lo que a los bandoleros, se le terminaba las fechorías y robos.

Por una temporada se internaron en la sierra. Bajaban de vez en cuando a la taberna de la Andaluza que también había decaído bastante. Carmen, cantaba pero cada vez gustaba menos. El Niño del Callejón, toreaba por los pueblos de poca importancia, y aquello fracasaba.

Carmen, seguía enamorada de los tres. Y los tres estaban ciegos por ella. Don José, El torero y el bandolero. A veces discutían acaloradamente los tres, porque los tres querían que estuviesen con ellos, pero Carmen los apaciguaba con sonrisas picaras y palabras melosas, que aunque no convencía a ninguno calmaban su sed lujuriosa.

Un día que estaban en la Taberna de la Andaluza, estuvieron a punto de enzarzarse en una pelea por ella. Pero la gitana lo evitó diciéndole que ella no era para ninguno, y al mismo tiempo era para los tres.

Don José , jamás pensó caer tan bajo. Ahora se daba cuenta de la locura que había hecho. Arruinó su carrera, abandonó a su novia casta y buena, y le causó un gran sufrimiento a su madre , y todo por una mujer, que ya había sido de varios, al meno de dos.

El cerco en torno a ellos se cerraba cada día mes. Los húsares por un lado y la Guardia civil por otro se veían acosados. Los que los ocultaban y encubrían, ya habían cogido cierto miedo a las fuerzas del orden, y si alguno lo encubría era mas por temor que por admiración.

Carmen en la taberna supo por un húsar borracho, que la tropa por orden superior, se disponía a dar la batida con refuerzos llegados desde la capital. Eran muchas las denuncias y quejas de los moradores de aquel pueblo y otros del entorno, que se presentaron ante la máxima Autoridad de la provincia, quejándose de los robos y fechorías del Canutillo, y su partida. Desesperados llegaban a cortijos muy aislados y no solo robaban dinero y ganado, sino que hasta violaban a las pobres cortijeras igual viejas que jóvenes. Aquello no podía seguir así. La Guardia civil también reforzó su plantilla y lo mismo de día que de noche patrullaban el campo como el pueblo y la sierra.

Lo de Carmen ya había prescrito, la Trini curó de la herida que le hizo con las tijeras, y como fue soltada por don José, en este recaía el castigo, que no fue tan grave como creían, total herida en riña. En fin que Carmen bailaba y cantaba en la taberna, sin molestarla nadie, nada mas que los moscones que aspiraban sus favores. Pero como sabemos Carmen informaba a la partida de todo lo que se cocía en el pueblo, a través de las conversaciones que se sucedían en c asa de la Andaluza. Y fue un húsar borracho, el que se fue de la lengua diciendo que ya sabia donde se escondía la partida, y aquella misma noche rodearían la cueva y caerían vivitos y coleando.

En seguida Carmen, terminó de bailar, pues en una interrupción la Andaluza le contó lo que había escuchado por bocas de un soldado. Armen fingió ponerse mala, y partió para la sierra en unión del Niño del Callejón, que aunque con el disfraz de torero también apoyaba a la partida.

El Canutillo al enterarse supuso que don José los había traicionado. Porque verdad era que al destituido cabo, no le gustaban las actuaciones de los bandidos, y mas de una vez le reprochó a todos aquellas fechorías, sobretudo las violaciones. Por otro lado Don José mostraba gran deferencia por los antiguos compañeros, porque el antiguo cabo de húsares, no olvidaba a los que habían sido sus compañeros, a los que compartió jornadas de lucha u ocio, en el cumplimiento del deber.

Uno de los que mas desconfianza de el, era e4l Zapatones, llegando a decirle al Canutillo cuando estaba ausente el amante de Carmen, que era el causante de que los migueletes, como ellos le llamaban estuviesen al tanto de su guarida.

El Canutillo empezaba a sospechar de su lugarteniente, pero no dijo nada, quería comprobar por si mismo si era cierto las sospechas o no.

Enterados por la cigarrera, que los húsares darían la batida aquella noche, quisieron tenderle una trampa. Una trampa mortal donde todos cayeran muertos.

La estrategia era colocar cargas de dinamita, que habían robado de las canteras de la cal de un pueblo próximo. Y sembrar un estrecho pasillo por don de tenían que pasar forzosos, ya que no existía otro camino. El pasillo era

una vereda entre dos montañas, que salvado este accidente del terreno, se abría a campo despejado, estando ya cerca la guarida. Los húsares lo harían de noche, para cojerlos por sorpresa. El teniente mandaba aquella tropa, auxiliado por un sargento y dos cabos nuevos, que se habían incomparado recientemente a la pequeña guarnición.

El Canutillo lo planeo bien. Llenarían la senda de explosivos, unidos todos por una gran mecha, para no causar sospecha los cubrirían con hierbas y ramas de retamas, cuando entraran en la trampa no podrían retroceder ni esparcirse por el alrededor, ya que las montañas se lo impedirían. El Zapatonos, que era el que mas odio le tenia a los migueletes, seria el encargado de prender la mecha, en una oquedad de la sierra, seguro de que no lo alcanzaría, y de esta forma eliminar a aquellos "intrusos" que se llevarían un chasco.

Desde lo alto de la sierra, los bandoleros verían caer a los húsares, entre alegres risotadas y bromas. Para lo cual también se llevarían a Carmen, pues ella había sido la promotora con su chivatazo de la torpeza de los soldados.

Y... llegó el momento. A Don José la conciencia no lo dejaba en paz. El también había colaborado en aquella infamia que se llevaría por delante a todos sus compañeros. No. El eso no podía con sentirlo. Pensó persuadir al Canutillo, que mejor era escapar a otras sierras próximas que no causar aquella carnicería.

El Zapatonos, al escuchar de labios de Don José, que no quería derramamientos de sangre. Pensó dos cosas, o aquel que El Canutillo tomó por su lugarteniente gracias a los favores de Carmen era un cobarde o mas bien un traidor a la partida.

Se apartó un poco y llamó al capitán.

_ Me paese que ese poyo está tramando algo contra nohotros. Le sopló con ira mal contenida.

El Canutillo le respondió que no, aunque también sospechaba que tanta indulgencia hacia los migueletes le estaba resultando extraña. Pero como el era capitán de bandoleros y sentía cariño por sus hombres, también pensaba que a Don José como buen compañero sentiría cierta conmiseración por los que dejó en el cuartel cuando conducid a Carmen ante el juez, y la dejó escapar por amor hacia la gitana, echando por tierra toda su carrera militar.

El sanguinario Zapatonos no lo perdía de vista. La noche no estaba a oscuras. Una luna llena alumbraba con su luz plateada los picachos y la estrecha garganta por donde tenían preparada la trampa mortal para los confiados húsares

A Carmen tampoco le gustaba la estrategia, pero aceptaba creyendo que el amante principal estaba de acuerdo con sus compinches. Muertos los húsares, ya no se atreverían a internarse en sus dominios, y así vivirían tranquilos. Aun quedaba la Guardia Civil, pero estos no estaban tan bien pretechado como los húsares, además no poseían caballos y sin estos solípedos era mas difícil llegar a su guarida.

Todos y también la gitana, permanecían a la escucha para oír el tropel de los caballos, de aquellos jinetes que saltarían por los aires al hacer explosión los cartuchos de dinamita...

Cuando todos murieran como así lo creían, ufanos y contentos se reunirían en la cueva, donde tenían proyectada una juerga con vino y aguardiente, un cordero asado de los que habían robado en una de las majadas de su territorio y a la guitarra de el Puñales, Carmen cantaría y bailarían para ellos. Don José no quería el jolgorio alegando que alguno podía quedar herido, y no era muy

humano que cuando ellos estuviesen ebrios de vino y juerga, algún desgraciado estuviese llamando a su madre en el último aliento.

Este comentario del antiguo soldado, hizo sospechar más a la partida que ya no lo miraban con buenos ojos, creyendo que estaba de parte de los contrarios. Solo Carmen le mostraba cariño y lo comprendía.

La antigua cigarrera, estaba enamorada de Don José. Lo que empezó para ella en una aventura, en otro tiempo para sus caprichos y colección, terminó en amores sinceros. La finura de Don José con ella, su educación y su simpatía, aparte de sus cualidades y bondades, levantaron en el corazón de la gitana un vasto amor hacia el desertor, que no pasaba desapercibido ni para El Canutillo ni para el Niño del Callejón.

Estos le iban tomando cierto odio al preferido de Carmen, y El Canutillo azuzado por el Zapatonos, lo trataba con un desprecio que nunca lo hubiese hecho si la gitana no lo mirase con más preferencia que a él,

Sobre las tres llagaban los soldados a la garganta de la muerte. Los bandoleros estaban preparados. El Zapatonos, con su caja de cerillas para prender fuego a la mecha. Se hizo el silencio. Todos querían ver saltar por los aires a caballos y jinetes. Bueno no todos, Don José y Carmen, mostraban no estar conforme con aquella carnicería, injusta. porque ellos conocedores de todas las sierras, podían haber elegido escapar de allí, que fue lo que Carmen les propuso, no hacer una escabechina contra aquellos hombres.

La gitana no era mala, como mujer tenía sus debilidades pero en el fondo su corazón era tierno.

El Zapatonos desconfiando de Don José como sabemos y no le quitaba la vista de encima. Al fin apareció el Teniente montado en su corcel blanco. Iba en cabeza, detrás todo el escuadrón. Faltaban unos cincuenta metros para llegar al punto fatídico. No quiso encender la mecha el Zapatonos antes, por si los húsares divisaban la mecha ardiendo, quería que todos estuvieran bojo la dinamita. Entonces Don José, con su potente voz empezó a gritar.

-¡Alto mi teniente no sigan, den marcha atrás, le han tendido una trampa y morirán todos. Soy el Cabo Don José, el desertor.

El aviso de Don José lo escuchó el oficial claro y alto, la voz retumbó en las montañas y eco lo fue transmitiendo por toda la cordillera.

_ ¡Alto! Atrás todos, nos han tendido una emboscada, tomen posiciones, y los soldados bajaron de sus monturas y se posesionaron en las rocas y árboles

El Canutillo al sentirse traicionado por su lugarteniente, le apuntó con el trabuco cargado.

_ Cobarde, vas a pagar caro lo que has hecho, -le dijo con toda la hiel que destilaba su cuerpo Carmen que lo conocía bien sabía que le dispararía sin tener en cuenta que Don José estaba desarmado, ya que se le cayó el trabuco cuando le gritó a sus antiguos compañeros. Entonces la gitana se interpuso en medio de los dos. Nunca creía la costurera que su primer amante le dispararía pero el bandolero lleno de rencor y ciego de ira no vio a Carmen, solo veía la traición según él de su según do no dudó en apretar el gatillo.

La Gitana, la bailaora de la taberna La Andaluza, la costurera de uniformes militares, amante primero del que le causaba la muerte, y después del torero y por último del cabo de Húsares, del que se enamoró perdidamente, solo exclamo.

_Me has matado, te quiero don Jo... No pudo terminar la frase, cayó en brazos de su amor, de su don José.

Este la besó y sollozando le retaba al bandido un duelo a navaja.. El Canutillo aceptó, y mirando el cadáver de Carmen, también lloraba. El nunca creía que la gitana estuviese tan enamorada del desertor de los Húsares.

_ TE MATARE COMO A UN PERRO. Yo no la he matado , has sido tu. Ella te quería demasiado, nunca debites acercarte a ella.

Los de la partida quedaron petrificados. El Zapatones descargaba su trabuco sobre Don José, pero uno de ellos dándole un fuerte empujón desvió la trayectoria de la metralla.

=====

Los húsares, una vez parapetados en las rocas y troncos, disparaban apuntando al bulto que la luz de la luna les permitía ver. Eran los bandoleros que se divisaban confusamente, sobre los picachos. Estos al verse atacados, también rompieron fuego sobre los soldados, pero sus trabucos no tenían al alcance que las carabinas de los húsares, ni eran tan buenos tiradores como ellos. Los bandoleros estaban en desventaja, les había salido el tiro por la culata. Eran los húsares muchos mas, mejor adiestrados para las guerrillas y mas disciplinados. Pronto los del Canutillo empezaron a sufrir bajas. Maldecían los heridos y buscaban con la vista a Don José para descerrajarle un tiro con sus trabucos, pero Don José ya no estaba con ellos.

Aprovechando la confusión y la oscuridad, pues hasta el cielo se puso en su favor, un nublado cubrió la luna , dejando a oscuras la sierra. El Antiguo cabo aprovechando que la oscuridad era reinante, y mas al quedar cegados por el resplandor de la luna que antes los iluminaba, con su arma reglamentaria que conservaba. Besó a Carmen en los labios que empezaban a enfriarse, y la depositó en el suelo cuidadosamente. Los bandoleros en aquellos momentos estaban mas pendientes de las balas que les llovían desde la embocadura de la garganta, donde aun permanecía la dinamita inerte., al Zapatones no les dejaron los húsares prender la mecha. Estaban acorralados. Tampoco ello tenían por donde escapar, por delante los soldados con sus afinadas punterías, por el lado derecho la garganta, y por el izquierdo los montes. El Teniente los conminó a que se rindiesen , pues no tenían escapatoria posible, pero todo hay que decirlo, eran valientes y preferían morir matando antes que entregarse.

Algunas balas de los del Canutillo llegaban a las tropas que bien parapetadas y la poca fuerza con la que llegaban las balas de los trabucos, no hacían nada ni siquiera desmoralizar a los antiguos compañeros de Don José.

El amante de la fallecida, nada pudo hacer por ella. La metralla del trabuco del Canutillo le destrozó el pecho, murió casi en el acto. Don José nada tenia que hacer ya allí. Además que el nunca dispararía contra sus compañeros. Nunca jamás hubiese colaborado en dar muerte a aquellos con los que compartió comida y posada, vistiendo el mismo uniforme, uniforme honroso que lo perdió por causa de una mujer que lo embrujó con sus sonrisas y un clavel que le tiró al corazón arrancándoselo de su pelo.

Muerta ella, ya no quería ser bandolero, y se pasaría si no lo mataban unos u otros al bando de los suyos.

Por eso, aprovechando todo lo que tenia a su favor como hemos dicho, ocultándose en los matorrales, raptando y aprovechando los tiempos en que no disparaban, ni unos ni otros, bien para cargar las armas o para afinar la puntería, llegó a diez metros de la línea de húsares.

_ ¡Compañeros, no disparéis, soy el cabo desertor, pero vengo a unirme a vosotros. Estoy arrepentido, no me matéis, yo os puedo conducir a donde están ellos, estoy de vuestra parte!

_ Quieto- le ordenó el húsar mas cercano_ , tira el arma y levanta los brazos.

La luna volvió a alumbrar , la nube se alejo y otra vez las montañas se divisaron como fantamasgorico espectro.

El húsar llamo al Teniente . El oficial al ver a Don José desarmado y con los brazos en alto, derrotado, sintió pena por el. Había sido un buen cabo, un excelente húsar, un jinete de los que hacen historia, tenia un porvenir muy grande, hubiese llegado a oficial, y por culpa de una "mala" mujer todo lo echó a rodar.

Don José al ver a su antiguo superior, bajo la vista al suelo y con la voz rota, no por el miedo sino por la vergüenza, para decirle.

_ Perdón mi teniente, aunque se que no puedo ser perdonado, soy un desertor un traidor a mi Regimiento y a mis compañeros, esto se paga con la muerte, lo se; pero prefiero ser juzgado en consejo de guerra, por un honesto tribunal militar, que por una banda de malhechores, a la que he pertenecido. Mis manos aun no están manchadas de sangre. La mujer que hizo perderme la cabeza con sus arrumacos y carantoñas, ha muerto, y su muerte ha salvado mi vida.

A continuación le relató todo el episodio que conocemos.

El teniente, le preguntó si estaba arrepentido.

_ Si, mi teniente. Porque conocía las intenciones de los bandidos, porque no podía consentir de que a mis compañeros le den dieran una trampa mortal, por que no es igual morir luchando en un noble enfrentamiento cada uno en sus creencias, que tender cobardemente una emboscada. Por eso avisé, por eso el jefe quiso matarme, y la mujer que no era tan mala como parecía, se interpuso en medio del trabuco del Canutillo y yo. Este disparó ciego de ira, y terminó con la vida de la gitana. Si, gitana pero que he podido comprobar que no tenia mal corazón. Ella muchas veces evitó derramamiento de sangre que algunos de los hombres del famoso salteador de caminos, llevaran su maldad a efectos. Ella tampoco quiso nunca que se maltratara a ninguna mujer, y si es verdad que algo del botín de los asaltos a diligencias y carruajes era repartido entre ,los pastores y braceros que mas lo precisaban, por eso en la comarca el Canutillo le daban la fama de bandido generoso, que no era tal. Yo nunca me manché las manos de sangre, y evité que muchos lo hicieran, por eso me odiaban, sobre todo uno muy sanguinario el peor de todos, peor incluso que El Canutillo apodado El Zapatones, que también intentó asesinarme, gracias a otro bandido de mejor catadura no lo hizo, al darle un empujón y desviar la trayectoria de la bala.

El teniente lo abrazó, y casi llorando. Ordenó que los condujera por otras sendas que no estuviesen minadas a la cueva de los bandidos, porque seguro que allí irían a refugiarse y a curar a sus heridos.

Don José acatando las ordenes de su antiguo superior, los llevó por otro camino mas seguro, por el que los de la partida nunca solían adentrarse. Los húsares, caminaban con dificultad por las escarpadas trochas, en una enmarañada sierra donde el peligro acechaba. Habían evitado la trampa pero aquellas intrincadas veredas mas para cabras que para hombres no dejaban de tener sus riesgos.

Caminaban en silencio, la luna ya se estaba ocultando y aun tardaría unas horas en llegar el nuevo día. Don José mandó alto. A unos cien metros se divisaba la entrada de la gruta. Los hombres tomaron posiciones, era lógico que si los del Canutillo los divisaba, se liarán a tiros con ellos. Esperarían a que fuese de día claro para conminarle a rendirse, si no lo acataban se liarían a

tiros unos con otros.

No se oía ni el canto de los grillos. Si los bandoleros estaban en su guarida, dormirían, o permanecerían en el mas absoluto silencio, tal vez por si los soldados osaban llegar hasta la boca de la cueva empezar a disparar sus trabucos.

Las dos horas que tardó en amanecer se hicieron siglos, los húsares estaba extenuados, entumecidos sus músculos por el relente y el sueño, pero su deber era resistir hasta capturar a todos o morir en el intento.

Amaneció el día algo nublado, A don José le entregaron una carabina. El trabuco lo había dejado caer cuando abrazó el cuerpo inerte de Carmen para depositarla en el suelo cuidadosamente. Algunos húsares no se fiaban de el, pero el oficial les tranquilizó asegurando que nada intentaría contra ellos, lo conocía muy bien.

Al pisar alguna rama seca crujía y era mucha la atención que ponían por si lo escuchaban los del Canutillo, Pero no, o estaban dormidos o muertos todos o se habían fugado por otra salida, era lo que pensaban todos. Pero no. Los bandidos que eran siete , dos habían muerto en el tiroteo uno fue el Zapatonos y el otro uno de los que mejor se entendía con Don José, en total quedaban cinco y los cinco dormían en el interior de la gruta confiados en que allí no podían llegar los soldados sin atravesar la garganta de la muerte, sembrada de cartuchos de dinamita, aunque nada podían hacerle al no estar encendida la mecha. De todas maneras el acceso a la cueva era muy difícil, y menos para los que no conocían el terreno. A don José lo creían muerto, ya que aunque se escapó era imposible que viviera al estar entre dos fuegos, así pensaban los cinco.

Después de una penosa y difícil marcha, reptando y saltado de mata en mata como conejos, llegaron a la boca de la cueva. El oficial mando a cubrirse, y el fue el que gritando con todas las fuerzas de sus sanos pulmones le decía al Canutillo que se entregara, pues estaban rodeados y nada podían hacer.

El Canutillo era valiente, eso no podemos negárselo, quiso plantar cara a toda una compañía, pero sus hombres le decían que era mejor entregarse, tal vez después de varios años de cárcel podían conseguir la libertad, podían existir indultos. Al fin y al cabo ellos no tuenan las manos muy manchadas de sangre. Era cierto gracias a Carmen y al excavo de húsares, que siempre se opusieron al derramamiento de sangre inocente., que era cuando actuaban, en diligencias desprotegidas y caminantes solitarios o cortijos donde solo vivía un matrimonio indefenso casi siempre viejo. Nunca se atrevieron con diligencias ni carruajes escoltados por la Guardia civil o simples guardas rurales.

El Canutillo hemos dicho que era valiente, pero nunca quiso atreverse a asaltar a diligencias escoltadas. Robaba en despoblado en cortijos y majadas, en almacén es de pólvora para fabricar cartuchos con la pólvora.

Los enfrentamientos que tuvieron lugar, eran al ser perseguidos por los húsares o guardias, entonces se parapetaban en el monte y salían ilesos al conocer todas las peñas, árboles y arbustos trochas y veredas, y como al principio hemos dicho porque algunos pastores y campesinos los ocultaban y encubrían, casi siempre por temor a que se metieran con ellos o con sus mujeres e hijas, violándolas o extorsionándolas. Aunque tampoco debemos olvidar que repartieron algunas monedas del botín robado entre los que los protegían y ocultaban en sus aposentos.

Los caballos de los húsares habían sido maniatados en un llano, al cuidado de dos de ellos. No era fácil el acceso a los animales por el lado que los condujo Don José. Sin embargo los de los bandoleros si, estaban detrás de la gruta

ocultos en un bosque de encinas y alcornoques que se extendía por la planicie donde finalizaba la cordillera, Era por ahí por donde ascendían los forajidos a la cueva, pero para eso había que dar un rodeo de más de 20 kilómetros, ellos lo hicieron por lo tanto estaban rendidos y dormidos cuando el Teniente de Húsares le conminó a que se entregaran.

El Canutillo, quiso salir disparando, pero no encontrar apoyo en sus hombres, los cinco sabían que nada podían hacer, aquello era una locura, no tenían cuartel eran muchos hombres adiestrados con solo cinco, Entonces el capitán viendo que no tenía apoyo salió el primero con los brazos en alto. Mejor la cárcel que el cementerio, pensó, Tras de ellos salieron los cuatro bandoleros como el con los brazos en alto. El teniente ordenó que los esposaran, o ataran con las cuerdas que llevaban y así finalizaba la partida de El Canutillo.

Don José se dirigió a él.

— Lo siento, Mi deber era salvar a los que fueron mis compañeros. Soy un desertor y me arrepiento. Lo hice por Carmen, ya no está, nada me importa, Su cadáver hay que rescatarlo de las alimañas, y darle cristiana sepultura.

El Canutillo lo miró, pero no con odio sino con admiración y le respondió.

— Eres el primer hombre que me ha engañado. Debí de hacerle caso al Zapatonés, él siempre desconfió de ti. A pesar de todo no te guardo rencor. Eres valiente como yo. Carmen ha sido de los dos. Hoy ya no es de nadie. Tu no se si lo sabrás pero El Niño del Callejón, también era su amante, estaba enamorada de los tres, porque a Carmen le gustaban los hombres valientes y en los tres encontró sus deseos.

Debemos darle cuenta a él, y si el Teniente lo permite, rescatar su cuerpo antes de que las alimañas lo devoren.

El Teniente aceptó al deseo de los dos amantes de la gitana, y se pusieron en marcha de nuevo al lugar donde la fogosa Carmen murió para que su último amante, el que fue el amor verdadero de su vida no lo matara el bandolero.

Y lo rescataron,. Estaba fría, la besaron, y improvisando unas parihuelas con dos palos de encina y dos guerreras los húsares la llevaron al pueblo.

La Andaluza y el Niño del Callejón lloraron su muerte. Y entre todos pagaron su entierro y su sepultura en el cementerio. Una sepultura sencilla, cerca de un ciprés. La primera palada de tierra la echó don José, luego el Canutillo y finalmente el torero- Rezaron una oración y regresaron.

Al Canutillo y sus hombres los condenaron a muerte. Pero el Rey, al no haberse manchado las manos de sangre, los indultó, cayéndole treinta años al Jefe de la banda y veinte a los cuatro restantes. Aquí se pierde su pista. Unos decían que fueron a la prisión de Ceuta y otros que al Puerto de Santa María.

El Niño del Callejón, sintió una profunda pena por Carmen. De verdad la quería, y aun que fue con el que menos estuvo si fue el que más sintió su muerte.

Una tarde de fiesta. La fiesta del pueblo, el día del Santo, del Patrón del pueblo, toreaba junto a Costillares y Lagartijo- Era un cartel de lujo para el pueblo. La pequeña plaza estaba abarrotada llena hasta la Bandera, como dicen los castizos. Allí se encontraba el Teniente y los húsares franco de servicio Alcalde, Juez y demás autoridades. La Andaluza tampoco quiso perderse la corrida.

El Canutillo más moderno era el último de la terna. Costillares el primero. Hizo Costillares una gran faena a su primer toro que le valió las orejas y el rabo

del astado. Segundo Lagartijo no quiso ser menos, y rubrico una terna igual que la de su compañero. Por ultimo el Niño del Callejón, el segundo amante de la malograda Carmen. Salió el torero al ruedo algo distraído. Enterado de la muerte de su amada Carmen, una pena muy honda le embargaba. Nadie sabe porque aquella mujer causaba tanta euforia y ternura a la vez en el corazón de los hombres. Los tres la querían, a sabiendas de que ella se entendía con los tres.

Cuando al torero la Andaluza le comunicó el fatal desenlace de la gitana, en Niño del Callejón, se abrazó a la tabernera y llorando como un niño hipando le decía.

_ Andaluza, mi vida se ha marchado con ella. Si me hubiese hecho caso ahora estaría aquí bailando y cantando i Con lo bien que lo hacia! Ahora reposa en una tumba fría teniendo por compañero un triste ciprés. Mira mejor era que se hubiese quedando trabajando en el obrador de los uniformes. Mejor hubiese sido que nunca se presentara ese tal Don José, por quien bebía los vientos. Yo todo lo consentía con tal de estar a su lado. Luego parece mentira que el Canutillo que ojalá se pudra en la cárcel del Puerto o de Ceuta, disparara contra ella. Si , creo que fue un accidente. El bandolero a quien quería matar era al traidor del húsar. Traidor doble, a los suyos y a ella a todos.i No puedo Andaluza, no puedo!

Pero la vida sigue, y nadie se mantiene del aire. El Niño del Callejón tenia que torear en su pueblo, como todos los años lo hacia , y aquel fue el último.

Cuando salió el toro del chiquero, le dio un capotazo sin ganas, pensaba en ella. A veces creía que se encontraba entre el publico que lo silbaba. Otros años lo aplaudían. Aquel día estaba mal, muy mal. El bicho era bravo y algo traicionero. El Niño del Callejón, parecía que quería que el toro lo cogiera, y lo cogió.

Vio en uno de los tendidos a una morena. Era la sosia de Carmen, parecía un retrato hecho por el mismo patrón . Morena con el pelo suelto y un clavel rojo como ella en la sien izquierda. El Niño del Callejón, la miraba, si, se decía parece ella, es como si hubiese bajado del cielo para presenciar la corrida. No pudo mirarla mas. El Toro lo embistió con tal ímpetu que lo lanzo a las alturas, lo recogió en el aire clavándole el pitón izquierdo en el pecho. Le atravesó rompiéndole el corazón. Cuado los de su cuadrilla fueron a recogerlo, ya había expirado. Nadie lo oyó, pero se decía que alguien dijo que en el momento en que fue lanceado dijo. " Va por ti Carmen."

=====

Don José, fue juzgado en un consejo de guerra. El fiscal , un coronel pidió para el la pena capital. Por desertor, incumplidor del sagrado juramento que empeño a su regimiento a España y a sus compañeros. El defensor un capitán de infantería. Lo defendió brillantemente.

_ Señoría el acusado, es cierto que ha cometido los delitos que se le imputan. Pero fue cegado por el instinto o por la exigencia que la naturaleza obliga a querer a una mujer. Lo hizo obcecado peor un amor, quizás embrujado por un sortilegio de gitana, pero nunca quiso causar mal a sus compañeros. La prueba es que en cuanto vio que viendo en peligro de muerte a su compañía, expuso su vida para salvarlos, y lo consiguió. Informes recabados del personal civil, se dice sin temor a equivocarse ninguno, que el evitó que los bandoleros cometieran delitos de sangre. Que a las señoras y mujeres las trataba con corrección y empatia. Y quien sabe si se fue con la gitana, para descubrir donde se hallaban la guarida del Canutillo y sus hombres. Todos tenemos debilidades, somos hombres y ningún hombre es perfecto. Dicen que solo lo fue Jesucristo, pero yo digo que también tuvo sus debilidades ante una mujer. En fin esto no nos incumbe. Pero por su arrojo, su valentía y haber logrado salvar

una compañía entera de húsares, que si no hubiese sido por el a estas horas estarían muertos, pido su absolución y el reingreso en su regimiento-

Después de varios juicios. Por fin el veredicto fue , un mes de arresto, y la perdida del empleo. Pudiendo reingresar como soldado raso.

Así estuvo dos años, una vez invalidado el correctivo, le dieron los galones de cabo. Y al año siguiente ascendió a sargento.

Micaela, La infeliz, la noble y buena Micaela lo perdonó, y durante el tiempo que duro el arresto, lo visitaba con la madre de Don José, de la que nunca se separó. Ya era vieja, y casi ciega pero reconoció a su hijo al que lo bendijo.

Se casaron, en una ceremonia sencilla. Y mas tarde aquel regimiento, fue trasladado a Sevilla. El cuartel quedó en ruinas y hoy aun existen sus vastas paredes de piedra que el ayuntamiento ha levantado una nueva plaza de toros.

F I N